

PEREGRINACIÓN A ST. RAYMOND CEMETERY

Mons. Raúl del Valle in memoriam



El cementerio de St. Raymond, en Bronx, en el norte de Manhattan, New York, es ordenado, limpio, verde flemo jaspeado por las placas marmóreas y algunas capillas que guardan y señalan los restos mortales que allí se conservan y por el amarillo intenso de pequeñas flores silvestres, tan abundantes en la primavera. Ese aspecto presentan casi todos los cementerios norteamericanos que conozco. Son bellos, con una cierta nobleza y una dosis de frialdad y distanciamiento frente al acontecimiento de la muerte terrenal. ¿Fe

intensa en la vida más allá de la muerte? ¿Elegancia clásica? ¿Entonación cultural diversa a la nuestra, latina, mediterránea y africana, cocida en la olla del Caribe?

Allí fui con amigos sacerdotes no con curiosidad tanatofílica, sino en genuina peregrinación a la tumba de un amigo sacerdote a quien no sólo quise, sino que admiré mucho: Mons. Raúl del Valle, nacido en La Habana el 1° de junio de 1926 y fallecido en New York el 20 de septiembre de 1988, poco después de haber realizado uno de sus más caros anhelos, regresar a La Habana antes de morir.

Quizás para las nuevas generaciones el nombre y la persona de Raúl sean desconocidos; para los que ya no somos demasiado jóvenes es alguien muy familiar, recordado siempre con cariño y gratitud entrañables. De su periodo juvenil en La Habana resalta su eficacia discreta junto al Eminentísimo Señor Cardenal Manuel Arteaga y Betancourt, Arzobispo de esta Arquidiócesis y, en el desempeño de esa tarea, su inalterable espíritu de servicio para con sus hermanos sacerdotes y para con los laicos más comprometidos en las tareas evangelizadoras de la Iglesia. Sazonado allí con un temperamento sereno, afable, conciliador, abierto, sensible a las más amables realidades y a las no tan amables que le tocó vivir en aquellos años.

Siendo ya joven laico en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana, lo que me vino de sus labios (es decir, de su entendimiento luminoso y de su corazón humano) fue siempre el consejo acertado, la palabra oportuna. Otro tanto podría decir de mis tres años como alumno del Seminario «El Buen Pastor». Y mi experiencia personal no fue una excepción, sino una realidad compartida, entonces y ahora, cuando nos reunimos amigos de la época y hablamos de Raúl.

Después de mi regreso a Cuba, ya sacerdote, en 1983, sabía de Mons. Raúl del Valle muy esporádicamente. Supe de su tránsito muy breve por Newark y de su instalación definitiva en New York, en parroquias de las zonas más pobres de Bronx. Luego, ya en los inicios de la década de los 80, cuando nuestras comunicaciones con New York se incrementaron y los viajes a

esa ciudad se nos hicieron frecuentes, pude verlo en varias ocasiones. Sus parroquias fueron las de San Anselmo y San Atanasio. Recibió ambas en muy mal estado material y pastoral; gracias a su gestión hoy son templos reconstruidos y comunidades vivas.

Estuve en New York en una de las operaciones que padeció; lo visité en el Hospital St. Vincent y me conmovió, una vez más, su serenidad: en este caso, frente a una muerte no muy lejana. Había puesto su vida en manos del Padre Félix Varela, por quien sentía una particular devoción. Esperaba el milagro de la curación: ¿sólo por amor a la vida o por apresurar la causa de beatificación y subsecuente canonización del Padre? Estaba convencido de que la canonización del Padre Varela sería un estímulo para los cubanos, un acicate para crecer en los valores que animaron y dieron sentido a la existencia del «santo cubano», sean aquellos que podríamos calificar de naturales (patriotismo, honestidad, ilustración del entendimiento y educación de la voluntad, generosidad, comprensión fraterna, sensatez, buen juicio, espíritu conciliador, etc.), como los que dependían directamente de su Fe católica (amor confiado en Dios, adhesión a la Iglesia, caridad heroica, esperanza abierta a horizontes infinitos, etc.).

Pregunté a varios amigos residentes en New York qué impresión conservaban del Padre Raúl. Más de uno comenzó por decirme: «Un hombre semejante al Padre Varela; el Padre Varela de nuestro tiempo.» Todos coincidían en elogios de cualidades que ya le conocíamos en La Habana pero que, al parecer, con los años, maduraron, sazaron a su punto preciso. En una queja o bamento también coincidían los cubanos de New York: «Lo único que no me gustaba de él es que se ocupaba más de sus feligreses de Bronx, los que llenaron la Catedral de San Patricio en sus funerales, que de nosotros los cubanos.» Algo semejante dijeron los cubanos de la época con relación al Padre Varela y a sus feligreses irlandeses.

Cuando el Cardenal O'Connor se lo pidió, dejó la feligresía de Bronx para asumir la Cancillería del Arzobispado de New York y, con ella, la administración de la Arquidiócesis. Al parecer, ningún otro sacerdote de origen hispano desempeñó servicios de tal categoría después de la muerte del Padre Varela, quien fuera Vicario General de esa misma Arquidiócesis.

Recé un responso frente a la capilla sobra de St. Raymond, que conserva los despojos humanos de Raúl, y pedí a mis amigos que me dejaran solo durante unos minutos. Rápidamente la memoria, ungida por la nostalgia, recorrió mis recuerdos de Raúl. No me apena escribir aquí que lloré su ausencia de La Habana durante estos años en los que, opino, podría haber hecho tanto bien, pero sé que el buen Dios tiene sus caminos inefables. Y a Dios agradecí que nos hubiera dado un sacerdote como él: uno de esos hombres -no abundan- que saben hacer fecunda la mayor sencillez y la discreción amable. Granos de mostaza que terminan por convertirse en arbustos capaces de albergar vida y vida abundante. Ω

La Habana, 30 de abril de 1996.